

“Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios”

Querido/a amigo/a: Metidos ya en plena Pascua de Resurrección con tantas fiestas, dedicadas a Misterios de nuestra Santa Religión, enseguida nos encontramos con ese mes de mayo de tan dulces recuerdos de nuestra niñez y juventud, siempre dedicado con el mayor cariño a la bendita Madre de Dios y Madre nuestra, la Santísima Virgen María, de cuyo amor y devoción tantos loores y alabanzas escribieron nuestros poetas.

Y es precisamente en un magnífico libro, (“La Perta de la Esperanza”), donde el inolvidable José Luis Martín Descalzo, nos cuenta que ya estando su amigo, el doctor Vallejo Nagera próximo al fin de su terrible enfermedad, pensó en una tarea que él se sentía obligado a hacer, antes de marcharse de este mundo, ya que desde hacía tiempo un buen amigo suyo le preocupaba que no viviera la vida cristiana que él, Juan Antonio, vivía apasionadamente, pues a pesar de haberle dado “la lata” muchas veces sobre este tema no había logrado nada. Y casualmente, por aquellos días, tuvo que asistir con su amigo a una cacería. Y aunque no tenía fuerza por la enfermedad, pensó que debía ir a la cacería. Y el amigo le dijo que sabía “que no iba a la cacería más que por hacerle un favor.” En la cacería hablaron más de Dios que de la caza, diciéndole al final que rezase con él la mitad del Ave María y le prometiese que cuando él ya no estuviera en este mundo, lo hiciera todas las noches

Yo no sé si este amigo de Juan Antonio cumpliría en el futuro el deseo de su amigo, pero me impresionó esta fe de un intelectual que sabe que esa pequeña puertecilla de amor a María es suficiente para que la fe y el amor de Dios acaben colándose por ella. Yo no sé si esto lo leerán cristianos que han perdido la fe, o que creen que la han perdido. Y me gustaría recordarles de algún modo la fe de su infancia y que, a través del recuerdo de María, rebrotase en ellos aquel bautismo que siguen teniendo dentro. Y que, aunque solo fuera en memoria de aquel recuerdo rezasen conmigo esa media Ave María. “Santa María, Madre de Dios, (y también Madre de los hombres, y de cada uno), ruega por nosotros pecadores (porque lo somos todos, todos, todos), ahora, etc.

Y no olvidemos que este próximo y maravilloso Mes de Mayo, dedicado a la Madre de Dios, comienza con la festividad del humilde Patrón de los trabajadores, y esposo de Santa María, Santo del silencio, de la fidelidad, guardián y custodio de Jesús, virtuosísimo San José, a quien todos hemos de encomendarnos, y así honrarle, con nuestra fervorosa devoción, y nuestra esperanza en su intercesión.

Al comenzar con las clásicas noticias, es normal que hablemos de nuestros enfermos, accidentados, etc.. En la circular pasada se nos quedó atrás, la querida hermana del simpático asociado, tan eficiente, conocido y ayudante de cuantos lo necesitan, Enrique Salcedo; también el gran poeta de la Peña, profesor de muchas generaciones de alumnos del célebre Grupo Escolar y primer Secretario que fue de la misma, Antonio. Medina, accidentado hace tiempo e ingresado en la Residencia Gerón, sevillana; La no menos simpática Maribel, vecina de Consuelo; y de estos días, la eficaz y entusiasta Sacristana M. Carmen Clavijo, accidentada frente a nuestra Caseta, y en espera de ser operada. Con satisfacción os comunicamos que Carmen García Reina fue operada, y ya está en casa reponiéndose. Nos cabe la pena de comunicaros el fallecimiento del simpático y querido socio Pepe Noguera, y por cuyo eterno descanso, ofreceremos la Santa Misa de la Peña, del próximo viernes, día 26, a las ocho de la tarde. Os esperamos. En cambio tenemos la satisfacción de participaros la profesión de seis religiosas en el Convento de Clarisas de la Purísima Concepción, de Marchena, el pasado domingo, día 21, a la que no pudimos asistir, por otros asuntos apremiantes.

Finalmente os participamos que la alegría, el buen humor y el entusiasmo han reinado en nuestra Caseta de Feria, de Calle Pascual Márquez, con increíbles asistencias “a tope” diariamente, con nuestra clásica invitación a varios Centros de acogida de los más necesitados de ayuda, (niñas, ancianos, discapacitados, etc.). El domingo anterior a la feria, como ya la caseta estaba terminada, “y en su punto”, nuestro querido P. Jesús, rodeado de una buena “legión” de asociados y asociadas, procedió, según costumbre, y en medio del entusiasmo y devoción de todos y todas, a bendecir la Caseta. Entre las novedades y complacencia de este año, cabe resaltar con gran alegría y agradecimiento, que Manolo, administrador de la economía “casera”, del problema alimentario, en unión del personal a sus órdenes, han tenido “el detallazo” de invitar a la comida de las niñas de los Hogares, que llevamos a pasar el día en la caseta. Magnífico gesto encomiado por todos y muy agradecidos por ellas y por todos nosotros. ¡Que cunda el ejemplo! Son muchos los gastos que nos proporcionan los grandes deseos y realidades que el compartir la sincera alegría y felicidad con los más débiles, traen consigo, pero la firme confianza en la Divina Providencia nos anima, con el consiguiente entusiasmo, y nos da “alas” y seguridad.

El próximo día 27, último sábado de mes, tendremos a mediodía la convivencia mensual en la Peña

Hasta la próxima. Un cordial saludo de **LA JUNTA DIRECTIVA**

Carta a Dios, de José Luis Martín Descalzo

“Saberte Padre es el Cielo”

Pocos días antes de morir, José Luis Martín Descalzo escribía esta *Carta a Dios* como conclusión de su libro *Razones para el amor*, publicado en diversas editoriales. En ella, además de repasar su vida, ofrece una visión maravillosa del dolor y de la muerte, con una claridad que sólo da la cercanía.

Gracias. Con esta palabra podría concluir esta carta. Dios mío. Porque eso es todo lo que tengo que decirte: gracias, gracias. Si vuelvo mi vista atrás, ¿qué encuentro sino la interminable cordillera de tu amor? No hay rincón en mi historia en el que no fulgiera tu misericordia sobre mí. No ha existido una hora en que no haya experimentado tu presencia amorosa y paternal acariciando mi alma.

Ayer mismo recibía la carta de una amiga que acaba de enterarse de mis problemas de salud, y me escribe furiosa: “Una gran carga de rabia invade todo mi ser y me rebelo una vez y otra vez contra ese Dios que permite que personas como tú sufran”. ¡Pobrecita! Su cariño no le deja ver la verdad. Porque (...) en mis cincuenta años he sufrido no pocas veces de manos de los hombres (...) Pero de Ti nada he recibido sino una interminable siembra de gestos de cariño. Mi última enfermedad es uno de ellos.

(...) La felicidad, la fe, la confianza en la vida fueron, para mí, como el plato de natillas que mamá pondría, infalliblemente, a la hora de comer. Algo que vendría con toda seguridad. Y que si no venía, era simplemente porque aquel día estaban más caros los huevos, no porque hubiera escaseado el amor. Entonces aprendí también que el dolor era parte del juego. No una maldición, sino algo que entraba en el sueldo de vivir; algo que, en todo caso, siempre sería insuficiente para quitarnos la alegría.

Gracias a todo ello, ahora -siento un poco de vergüenza al decirlo- ni el dolor me duele, ni la amargura me amarga. No porque yo sea un valiente, sino sencillamente porque, al haber aprendido desde niño a contemplar ante todo las zonas positivas de la vida, y al haber asumido con normalidad las negras, resulta que, cuando éstas llegan, ya no son negras, sino sólo un tanto grises.

(...) A veces pienso que he tenido demasiada buena suerte. Los santos te ofrecían cosas grandes. Yo nunca he tenido nada serio que ofrecerte. Me temo que, a la hora de mi muerte, voy a tener la misma impresión que en ese momento tuvo mi madre: la de morirme con las manos vacías, porque nunca me enviaste nada realmente cuesta arriba para poder ofrecértelo. Ni siquiera la soledad. Ni siquiera esos descensos a la nada con que Tú regalas, a veces, a los que verdaderamente fueron tuyos. Lo siento. Pero ¿qué hago yo, si a mí no me has abandonado nunca? A veces, me avergüenzo pensando que me moriré sin haber estado nunca a tu lado en el Huerto de los Olivos, sin haber tenido yo mi agonía de Getsemani. Pero es que Tú -no sé por qué- jamás me sacaste del Domingo de Ramos. Incluso alguna vez -en mis sueños heroicos- he pensado que me habría gustado tener yo también una buena crisis de fe para demostrarte a Ti y a mí mismo que la tengo. Dicen que la auténtica fe se prueba en el crisol. Y yo no he conocido otro crisol que el de tus manos siempre acariciantes.

(...) He sido feliz, claro. ¿Cómo no iba a serlo? Y he sido feliz ya aquí, sin esperar la gloria del Cielo. Mira. Tú ya sabes que no tengo miedo a la muerte, pero tampoco tengo ninguna prisa porque llegue. ¿Podré estar allí más en tus brazos de lo que estoy ahora? Porque éste es el asombro: el Cielo lo tenemos ya desde el momento en que podemos amarte. Tiene razón mi amigo Cabodevilla: nos vamos a morir sin aclarar cuál es el mayor de tus dones, si el de que Tú nos ames, o el de que nos permitas amarte.

Por eso me da tanta pena la gente que no valora sus vidas. Pero ¡si estamos haciendo algo que es infinitamente más grande que nuestra naturaleza: amarte, colaborar contigo en la construcción del gran edificio del amor!

Me cuesta decir que aquí te damos gloria. ¡Eso sería demasiado! Yo me contento con creer que mi cabeza reposando en tus manos te da la oportunidad de quererme. Y me da un poco de risa eso de que nos vas a dar el Cielo como premio. ¿Como premio de qué? Eres un tramposo: nos regalas tu Cielo y encima nos da la impresión de haberlo merecido. El amor, Tú lo sabes muy bien, es él solo su propia recompensa. Y no es que la felicidad sea la consecuencia o el fruto del amor. El amor ya es, por sí solo, la felicidad. Saberte Padre es el Cielo. Claro que no me tienes que dar porque te quiera. Quererte ya es un don. No podrás darme más.

José Luis Martín Descalzo

